

peo. ; Ese Juan Oliver soy yo, y vosotros sois mis hijos, mis pobres hijos! ; Tenga Dios misericordia de vosotros y de mí!

Tom y Jenny no pudieron articular una sola palabra con sus labios; lloraban, y esta era su única elocuencia. Quedóse el padre un momento sin habla, y el salvaje australino, que presenciaba aquella patética escena, mostrábase también estremadamente conmovido. Por fin, llevóse Juan Oliver, con paso lento y semblante cogitabundo, á sus dos hijos, á las inmediaciones de la ciudad de Sidney, donde habia conseguido, á consecuencia de la conducta sin tacha que observara desde su destierro, que se le permitiese domiciliarse sin que ya tan rigurosamente se le vigilase. No habia labrado una de esas escandalosas fortunas de millones que algunos vemos acumular á sentenciados á Botany-Bay, grande penitenciaría que tienen los ingleses en su vasta colonia de Nueva Holanda, que está situada en las costas de Australia, á la falda de la cordillera de los Montes Azules; pero sí á fuerza de trabajo habia logrado hacerse de medianos posibles, de que con una especie de felicidad hizo partícipes á sus hijos, cuya presencia fué en lo sucesivo todo su encanto, toda su esperanza, todo su consuelo.

HISTORIA DE RUTH.

Hubo en otro tiempo en la Judea una absoluta falta de comestibles. Elimelech, vecino de Belén, fuése pues á la tierra de Moab con Noemi su muger y sus dos hijos, á buscar hospitalidad, porque el hambre habia respetado aquella comarca. No sobrevivió mucho tiempo á su espatriación Elimelech; casáronse sus hijos con dos doncellas de Moab quedándose de este modo lejos de su patria, pero algunos años despues siguieron á su padre al sepulcro no dejando á la viuda Noemi otro consuelo que sus dos nueras. Una de estas se llamaba Ruth, y la otra Orpha.

—Hijas mías Ruth y Orpha, díjolas un día, venid; vamos al camino que á Israel conduce.

Inmediatamente obedecieron ambas á su madre adoptiva, y cuando hubieron caminado un poco, detúvose Noemi.

BIBLIOTECA DEL ESPECTADOR DE MÉXICO.
Historia de Ruth.



Rafael y Vilá, editores.

Litog. de Decaen.

Señor como he podido hallar gracia en vos, yo que no soy mas que una pobre estrangera?

¡Adios, hijos míos, adios las dijo: regrésome al seno de mi familia, vuélvome á la tierra de la cual salí; ya sabeis que el Señor tuvo misericordia de su pueblo y que hizo que cesase el hambre. ¿Por qué me he de quedar aquí? ¡Triste de mí! de ningun auxilio os sirvo; idos á la casa de vuestra madre; no volverá Noemí á veros; ; tenga el Señor tanta misericordia de vosotros, cuanta bondad habeis mostrado para con mis hijos y conmigo!

Entonces púsose á llorar, y habiéndose abrazado las tres, deshiciéronse todas en llanto.

—Jamás nos separaremos de vos, contestaron las dos moabitas; ; nos iremos con vos á vuestra patria!

—Hijas mías, contestó Noemí, aflíjeme vuestro dolor mas que el mio propio. Dejadme, os lo ruego, volverme sola á la tierra donde nací; ; no hagais que recaiga sobre vuestras cabezas mi desdicha!

A estas palabras pusiéronse á llorar de nuevo. Volvióse Orpha hácia su madre, pero Ruth no quiso separarse de Noemí.

—¡Vuestro pueblo será mi pueblo, díjola, y vuestro Dios será mi Dios! Encamináronse, pues, juntas hácia la tierra de Judá, y llegaron á Belén en la época de la cosecha.

La viuda de Elimelech habia poseido en otro tiempo considerables riquezas; veíase reducida á la sazón á la mas estremada miseria. ¡Ay! la amistad que enjendra es tan transitoria como ella.

Nadie, pues, se dolía de los padecimientos de Noemí, nadie la socorria, las mugeres la señalaban con el dedo, diciendo: “¡Que sea esa aquella Noemí!”

¿Qué habria sido de la desventurada sin su nuerá? Ruth, que tanto se desvelaba en consolarla no siempre lo conseguia. Veíasela siempre á su lado llorando á la par que ella, oyendo el triste relato de sus penas. A veces hacia que se abriese su corazon á la esperanza que es tan grata á los desgraciados.

Pero ademas era necesario trabajar para sustentar á Noemí. Todas las mañanas íbase Ruth al campo á recojer las espigas que iban dejando caer los segadores; dirijíase donde sabia que habia algun padre de familia humano, y en la noche volvia trayendo á la viuda lo que habia podido reunir en el dia.

Tanta piedad filial no podia menos de ser premiada; un dia, pues, que espigaba Ruth en el campo de un labrador rico llamado Booz, percibióla este y preguntó su nombre á los segadores.

—Es, contestaron éstos, aquella moza que se ha venido de la tierra

de Moab con Noemí. Ahí está desde esta mañana y todavía no ha vuelto ni un instante á su casa.

Entonces Booz, acercándose á ella, la dijo:

—No temais, hija mia, que mis siervos os despidan. Uníos con ellos cuando llegue la hora de la comida y estaos aquí hasta que se concluya la cosecha.

Ruth, arrojándose de rodillas, no sabia cómo manifestar su gratitud.

—Señor, dijo tartamudeando, ¿cómo he podido encontrar gracia ante vos, yo que no soy sino una extranjera?

—Ya sé, hija mia, lo que habeis hecho. Abandonásteis la tierra donde nacisteis para seguir á vuestra suegra á un país que no conociais; ¡Quiéran el Dios de Israel protejerlos, ya que os habeis acogido á su amparo!

Esta vez participó Ruth del sustento de los segadores, y en la noche notó que su reducida cosecha era mas abundante, pues Booz habia dado orden á sus siervos de que dejaran caer muchas espigas.

Noemi, cuando hubo sabido lo que pasara, levantó sus ojos al cielo y exclamó:

—¡Bendito sea ese hombre que se ha compadecido de nosotros! ¡Es pariente nuestro....! Volved, pues, á él mañana, como os lo ha dicho. Uníos á sus hijas hasta que concluya la cosecha, porque veo que es tan bueno para con el infortunado como para con el rico.

Aquel dia tuvieron término los padecimientos de Ruth y de Noemi; pero no se limitaron á esto los beneficios de la Providencia. Booz, el rico padre de familia, casóse con Ruth, con aquella mísera muger; en breve encontró consuelo la viuda, y los tres disfrutaron juntos de la felicidad que proporciona una vida pacífica y tranquila, fruto precioso de sus virtudes.

Queridos niños, he querido referiros la historia de la moabita, porque he juzgado que su mansedumbre y su amor filial llenaria de encanto vuestros corazones. Procurad que esta leccion no sea infrutuosa para vosotros. Sed para con vuestros padres lo que Ruth para con Noemi, y Dios se acordará de vosotros así como se acordó de la extranjera.

!!! POBRE PERRO !!!

En un tiempo vivia en Roma cierto personaje riquísimo; este hombre era el senescal de la ciudad. El alcázar en que vivia estaba próximo á las murallas. Hacia nueve años que se habia casado, y á pesar de sus preces jamas le habia hecho el cielo la merced de concederle un hijo; desesperábase..... Pero concebid cuál no seria su júbilo cuando su muger dió á luz un lindo niño: este fausto suceso colmó á todo el vecindario de alborozo, porque todos apreciaban en Roma al senescal por su lealtad y cortesía, y todavía mas estimaban á su muger por su mansedumbre y su caridad. Desde entonces no tuvieron ya los consortes mas que un pensamiento, y este se concentraba en su hijo; solo una ocupacion tuvieron, la de hablar acerca de aquel ser idolatrado: prodigáronle los mas tiernos y empeñosos cuidados: ademas de una nodriza pusieronle dos criadas que no debian tener mas empleo que el de vigilar á aquel amadisimo niño.

El senescal, que queria mucho á los animales, tenia en su casa un oso, que conservaba en el patio atado y con bozal. Un dia de Pentecostés, los romanos, queriendo divertirse segun su costumbre (porque los combates de fieras que han estado tan en uso en España y en el Mediodía de Francia nos vienen de los romanos), suplicaron al señor senescal que les prestara su oso, por algunas horas, para ponerlo á lidiar con unos perros. Accedió de buena voluntad el senescal y lleváronse el oso. El lugar destinado para el combate era una gran pradera que se dilatava en la prolongacion del Tiber. Cardenales, caballeros, simples particulares, mugeres con hermosos trajes, en fin, todo el vecindario de la ciudad, se dirigió con empeño á este cruel pasatiempo. El mismo senescal no pudo menos de concurrir con su consorte y todos sus sirvientes. De manera que no habian quedado en su palacio sino la nodriza, las dos criadas y un precioso perrito de 12 á 13 meses que queria mucho el senescal, y que habia tomado la precaucion de dejar encerrado, temiendo que el pobre animal tuviese antojo de seguirle por entre el gentío y se viese de este modo, sin quererlo, metido entre la zarracina de los perros furiosos que lidiaban, imprudencia que sin duda le habria costado harto caro.

Entre tanto las tres mugeres que hemos dejado en el palacio, no bien se hubieron visto solas cuando se sintieron acometidas del fastidio. Los

ladridos de los perros, el rumor de la muchedumbre y los gritos de alborozo que á lo lejos oían, escitaban su instinto de curiosidad á cada instante: ¿qué os diré? al fin no pudieron contenerse. Apenas, pues, hubieron acostado y dormido al niño, cuando poniendo sin mas reflexion la cuna por tierra se subieron precipitadamente á una de las torres del alcázar para ver aunque fuera desde allí algo del combate. ¡Ay! lejos estaban de prever las lágrimas que iban á costar esta fatal curiosidad y este momentáneo abandono del niño á cuyo cuidado estaban.

Hacia mucho tiempo que una enorme culebra se guarecia en una de las hendiduras de la muralla, y en aquel mismo instante aconteció que saliese de su agujero: deslizándose y arrastrándose aquí y allí llegó por fin hasta el salon y se introdujo á él por la ventana. No tardó el reptil en percibir al lindo niño, mas blanco que la azucena, que estaba entregado á un apacible sueño. Era su presa..... arrojóse sobre él. En aquella sazón estaba el perro echado sobre la cama de las que cuidaban del niño, pero velaba. Al ver á la culebra que penetra al cuarto arrastrándose, corre á ponerse delante de la cuna y traba con el reptil una terrible lucha. No tardan los dos combatientes en cubrirse de sangre; con sus impetuosos movimientos hubieron de volcar la cuna, pero de una manera tan feliz y tan providencial, que el niño, sin haber recibido la mas leve lesion, ni haber siquiera despertado, se encontró totalmente cubierto y protegido por el benéfico mimbre. En fin, despues de un largo y encarnizado combate, logró el perro asir de la cabeza á la culebra, y habiéndose la mascado la mató. Luego, agobiado de cansancio, todo lastimado de su lucha con el reptil, volvió á subirse á la cama para continuar vigilando.

Entre tanto habíase terminado el combate del oso y empezaban los espectadores á irse á sus casas: entonces bajaron las tres mugeres de la torre. Cuando vieron la cuna manchada de sangre y volcada, una sola idea se fijó en la mente de aquellas infelices, idea terrífica y rápida como el relámpago, y fué la de que el perro habia sofocado al niño. ¡Oh! entonces perdieron la cabeza; no pensaron ni aun en levantar la cuna, tan asustadas así estaban, y mucho menos tuvieron valor para esperar á que regresasen los padres.... ¿Qué harían? ¿Qué les dirían? En tal aprieto lo que hicieron las tres fué tomar una precipitada fuga.

Y tan fuera de sí las habia puesto el terror, que se marcharon precisamente por el camino por el cual debian volver sus amos. La madre es la primera á quien encuentran: viéndolas correr de aquel modo, como insensatas, las detiene llena de terror á su vez.

—¿Qué ha sucedido? las dice; ¿qué habeis hecho de mi hijo? Hablad.....

Arrojense las mugeres á sus plantas implorando perdon, y con voz interrumpida, refiérenle su fatal imorudencia, y lo que reputan de horrible verdad, cual es la muerte del niño cometida por el perro. Al oír esta noticia cae la dama, sin sentido, del caballo; el senescal, que la seguia, llega en aquel momento. Viendo á su muger moribunda pregunta qué accidente ha podido ponerla en tal estado. La dama, al hablar su marido, abre los ojos exclamando:

—¡Ay señor! participad de la desesperacion en que me encuentro; lo que mas amaba yo en el mundo despues de vos, aquel hijo que constituia toda vuestra felicidad y la mia, ¡ese hijo ha muerto!.... ¡Le ha matado el perro que criais!

Estas palabras operan en el senescal el efecto del rayo; nada contesta, y se dirige con precipitacion á su alcázar.

¿Quién jamas pudiera pintar las horribles angustias que padecia a que desventurado padre, á medida que salvaba con celeridad el espacio que de su hijo le separaba?... ¡Ay amigos míos! Compasion os habria inspirado aquel padre infeliz, porque estaba loco, deliraba. En efecto, dejaba á su espalda á su muger anonadada e desesperacion, medio moribunda, y veíase precisado á abandonarla, en la via pública, á los cuidados de sus parientes ó del primero que pasase, y delante de él presentábasele la imájen de su hijo todo golpeado, hecho pedazos, haciendo sus últimos esfuerzos para desasirse de la muerte, ó acaso ya exánime, ya yerto cadáver. En fin, jadeando, sin aliento, llega á la puerta del fatal aposento.

Apenas lo hubo abierto, cuando lo primero que percibió fué el perro, que inmediatamente le saltó encima para lamerle y acariciarle. A pesar de lo que sus heridas le dolian, espresábale el fiel animal su alegría con brincos y ladridos. El senescal le mira, observa que tiene el hocico ensangrentado, y ciego de ira desenvaina su espada y le cercena la cabeza. Arroja en seguida en la cama de las criadas, y llora allí su desventura.

Pero cuando se entregaba á su desesperacion de este modo, despierta repentinamente el niño, y llora. Dirijese precipitadamente el padre hácia él, suspende la cuna.... ¿y qué percibe? ¡A su hijo que creia muerto, y que amorosamente se le sourie. Fuera de sí grita, llama.... Todos acuden.... La madre, enajenada de alegría, toma al querido niño en sus brazos; no encuentra en su cuerpo ni heridas ni dentelladas. Lágrimas de contento brotan de los ojos de todos. Pónense á buscar por todas partes; y encuentran, por fin, en un rincon del cuarto, á la culebra, cuya destrozada cabeza manifiesta bien á las claras, la lucha que con ella

habia sostenido el pobre perro; es su victoria. El senescal echó de ver que este animal habia sido el libertador de su amado hijo; y por premio de su fidelidad le habia dado muerte con su propia mano! ¡Ay hijos míos! Ya concebiréis cuán grande seria su sentimiento; mucho tiempo lloró el lamentable error que cometiera. Aun agrega la crónica que se condenó, para espiarlo, á la misma penitencia que si realmente hubiera sido reo de la muerte de uno de sus semejantes.

Es tan tierna esta historia, que la ha reproducido un diestro pintor, y se ha puesto en escena. Si alguna vez llegais á visitar la magnífica galería del Museo del Louvre, buscad este cuadro; allí lo encontraréis, y estoy cierto de que os hará verter lágrimas.

Historia de la señorita Carolina de Latour.

De todos los dones que ha concedido Dios al hombre, el mas precioso sin disputa, es el entendimiento. Pero el entendimiento requiere instruccion; necesita ciencia, que es el sustento intelectual, así como el cuerpo necesita alimento. Sin el auxilio de la ciencia decae y fenece.

La ignorancia es esencialmente funesta; no solo es el origen de todas las miserias, de todos los vicios de la especie humana, sino que engendra la ferocidad y la barbarie. El hombre ignorante es grosero, cruel, supersticioso. Poned vuestros ojos en los salvajes: ¿quién de nosotros quisiera asemejarse á ellos? Y sin embargo, ¿qué es lo que se necesita para que nos volvamos lo que ellos? Poquísima cosa; una ó dos generaciones bastarian para que se volviesen inconocibles los hijos del hombre mas culto. Dios, al concedernos el entendimiento, ha querido que lo cultivemos. Tan luego como se le descuida, es como la tierra, que en vez de flores produce espinas y mala yerba. Escuchadme: sobre este punto voy á referiros una historia que os demostrará cuán acelerados progresos hace la depravacion en nosotros, cuando no hacemos esfuerzos para combatirla.

Hace muchísimo tiempo que una jóven de noble y rica familia, recibió una educacion arreglada á su fortuna y á su clase. Como era hija única, cifraban en ella su orgullo sus padres, que la idolatraban; pero tambien

es preciso que confesemos que la señorita Carolina de Latour merecia realmente que se la amase. No solo era hermosa, sino que unia á las gracias naturales del rostro y del cuerpo una inteligencia notable. Apenas habia llegado á la edad diez y siete años, cuando varios jóvenes de buen nacimiento se presentaron á pedir su mano. Ninguno de ellos fué admitido; la ambicion de sus padres haciales aspirar á mayor altura.

Llegó el dia en que por desgracia vió perdidos esta familia todós sus bienes. Este revés de la fortuna originó un súbito cambio en los que con mas empeño frecuentaran su trato. Cesaron de visitar á gentes que habian empobrecido, los amigos y los pretendientes. En medio de este general abandono no tardó la miseria en aflijir á aquella familia, que se viera poco antes nadando en la opulencia. La ternura que tenia la señorita Carolina á los autores de sus dias, prestóla fuerzas, y decidióse á buscar trabajo como una simple jornalera.

El señor de Latour y su muger se desprendieron de la magnífica mansion que habitaban en el arrabal de San German, y se fueron á ocupar una guardilla que habia en el cuarto piso de una casa de la calle de Santiago. La pobre niña no abrigaba mas que un pensamiento, no tenia sino un solo deseo, el de hacer menos cruel la miseria que estaba á punto de agobiar á sus padres. Con este fin entregábase sin solaz al trabajo. El dia pasábalo en la casa de una lenceira, y la mayor parte de la noche empleábala bordando, en su cuarto, á la luz de una vela de sebo. Merced á ella no carecian el señor de Latour y su muger del pan cotidiano; pero ¡ay! con frecuencia comian este pan empapado de lágrimas.

Así pasaron año y medio entregados á penalidades y á privaciones de toda especie. Al cabo de estos diez y ocho meses, ó mejor dicho, de estos diez y ocho siglos de padecimientos, presentóse un jóven de aquel vecindario, que estaba colocado en una casa de comercio, á pedir á Carolina por esposa: el aspecto mísero de la guardilla no le hizo desistir de su intento. Mucho tiempo hacia que desde sus ventanas la veia trabajar noche por noche con admirable perseverancia; y aquella vida laboriosa, mas todavía que su hermosura, habia conmovido el corazon del señor Miguel Grandjean; pues habeis de estar, hijos míos, en que el amor al trabajo es siempre una virtud preciosa.

Púsose Miguel Grandjean á tomar informes con relacion á Carolina, y averiguó cuál era la honrosa causa de sus vigiliias. Entonces lleno de admiracion para con una jóven que poseia carácter tan noble, se atrevió á presentarse en la casa de los padres de la señorita de Latour. No era rico el jóven dependiente; cifrábanse todas sus esperanzas en el amparo de un tio que le queria en extremo, y que deseaba hacerle prosperar en